



retirada, pero dejaron el de batalla rechazados, no vencidos, y se retiraron con el más bello orden, sin ser inquietados por el enemigo.

Los suizos que habian sobrevivido á esta funcion, partieron al dia siguiente para su tierra, y Lautrec, imposibilitado de sostener más largo tiempo la campaña, regresó á Francia despues de haber introducido guarniciones en Cremona y en algunas otras plazas, que todas se vieron obligadas en breve á rendirse á Colonna, salvo la ciudadela de Cremona.

Sin embargo, Génova y su territorio, que permanecian sometidos á la Francia, daban todavía á Francisco un establecimiento considerable en Italia, y le colocaban á tiro de ejecutar fácilmente los planes que pudiera formar para reconquistar el Milanés; mas Colonna, animado por esta serie de victorias, excitado además por las sollicitaciones de la facción de los Adorni, enemigos hereditarios de los Fregosés, que gozaban la principal autoridad en Génova, por la proteccion de la Francia, se determinó á tentar la reduccion de este estado, y lo consiguió con facilidad asombrosa. Un acontecimiento tan inesperado como el que le habia posesionado de Milan, le señoreó de Génova; y el gran poder de los Adorni, no menos que la autoridad del emperador, le estableció en Génova casi sin oposicion ni derramamiento de sangre.

Esta cadena de desastres no pudo menos de labrar en el alma de Francisco un sentimiento doloroso, que agrió todavía más la llegada imprevista de un rey de armas inglés, que vino en nombre de su soberano á declarar en forma la guerra á la Francia. Esta declaracion de guerra era efecto del tratado que Wolsey habia concluido en Brujas con el emperador, y que se habia reservado hasta entónces. Aunque Francisco tuviera motivo de sorprenderse de este paso, despues de todo el trabajo que se habia tomado por conservar la amistad de Enrique y por ganar á su ministro, recibió al heraldo con mucha moderación y dignidad, y sin renunciar á ninguno de los proyectos que habia formado contra el emperador, hizo grandes preparativos para defenderse contra este nuevo enemigo. Como su tesoro se hallaba exhausto

por los esfuerzos que habia hecho ya, y por las sumas cuantiosas que sacrificaba á sus placeres, recurrió á expedientes extraordinarios para suplir la falta. Creó nuevos oficios, y los puso en venta: enajenó el patrimonio real: quitó al sepulcro de San Martin una balaustrada de plata maciza con que Luis XI habia mandado rodearlo en uno de sus accesos de devocion. Por medio de estos arbitrios, el rey pudo levantar un ejército respetable y poner sus ciudades fronterizas en buen estado de defensa.

El emperador, por su parte, no despreció nada para sacar partido de la union de tan poderoso aliado, y la feliz situacion de sus negocios, permitiéndole entónces partir para España, en donde se necesitaba mucho su presencia, quiso hacer al paso una visita á la corte de Inglaterra. No se proponia solamente en estas vistas estrechar los vínculos de amistad que le unian á Enrique, y empeñarle á llevar la guerra vigorosamente contra la Francia; esperaba tambien hacer olvidar á Wolsey el disgusto y resentimiento que habria podido dejarle la cruel mortificacion que habia sufrido en el último cónclave. Su fortuna excedió á todas sus esperanzas. Enrique, cuya vanidad fué lisonjeada con semejante visita, y del respeto estudiado que el emperador le manifestó siempre, abrazó con calor todas sus miras. El cardenal, previendo que la avanzada edad y enfermedades de Adriano no tardarian en producir nueva vacante de la Santa Sede, olvidó ó disimuló su resentimiento. Carlos, por otra parte, aumentó la pension que le daba, y le prometió de nuevo apoyar sus pretensiones á la dignidad papal. Wolsey procuró merecer estos favores con nuevos servicios, y asegurar anticipadamente el éxito de sus ambiciosos designios. La nacion inglesa, que entraba á la parte en la gloria de su monarca, y que se alegró de la confianza que el emperador le hizo eligiendo al conde de Surrey por su primer almirante, no mostró menos ardor que el mismo Enrique en comenzar las hostilidades contra la Francia.

A fin de dar á Carlos antes de su partida de Inglaterra una prueba de este celo universal, Surrey salió al mar con todos los bajeles que se hallaban en estado y asoló las costas de Nor-



mandía. Hizo despues un desembarco en Bretaña, en donde pilló y quemó á Morlaix y algunas otras plazas menos considerables. Despues de estas pequeñas excursiones, más humillantes que ruinosas para la Francia, Surrey regresó á Calais á tomar el mando del ejército principal, que consistia en 16.000 hombres; y habiéndose unido á las tropas flamencas que capitaneaba el conde de Buren, entró en Picardía. El ejército que Francisco habia juntado era muy inferior en número á todos estos cuerpos reunidos; pero las largas guerras entre ambas naciones tan opuestas, habian enseñado al cabo á los franceses el mejor método de defender sus hogares contra los ingleses. Habian aprendido á costa propia á evitar con el mayor cuidado las batallas campales, á dilatar la guerra y á arruinar por menor á los ejércitos ingleses, ora metiendo guarniciones en todas las plazas que podian resistir, ora espiando los movimientos del enemigo, ya interceptando sus convoyes, ya acometiendo á sus puestos ventajosos y ya fatigándolos continuamente con una numerosa caballeria. Tal fué el plan que el duque de Vendome, general del ejército francés en Picardía, siguió con tanta prudencia como felicidad. Surrey, sin haber podido tomar ninguna ciudad importante, se vió obligado á retirarse con su ejército, disminuido considerablemente por la fatiga, por la falta de vituallas y por las pérdidas que habia sufrido en muchas escaramuzas desgraciadas.

Así se terminó la segunda campaña de la guerra más general que se habia encendido hasta entónces en Europa. Aunque Francisco habia perdido todas sus conquistas de Italia por el resentimiento intempestivo de su madre, por la insolencia irritante de su general, y por el capricho de las tropas extranjeras que tenia asalariadas, todas las potencias combinadas contra él no habian podido, sin embargo, desmembrar sus estados hereditarios y á cualquier lado que volviesen sus miras ó sus ataques le encontraban siempre dispuesto recibirlas.

Mientras que los príncipes cristianos consumian sus fuerzas unos contra otros, Soliman el Magnífico entró en Hungría á la frente de un numeroso y florido ejército, embistió á Bel-

grado, que habia pasado siempre por el más fuerte baluarte de este reino contra las armas otomanas, y forzó bien pronto á los sitiados á rendirse. Alentado por esta victoria, volvió sus armas triunfantes contra la isla de Rodas, en donde los caballeros del orden de San Juan se hallaban establecidos á la sazón. Las atacó con uno de aquellos numerosos ejércitos, que los déspotas del Asia han sabido en todo tiempo juntar para sus expediciones. Doscientos mil hombres y una escuadra de cuatrocientas velas se presentaron delante de una ciudad en donde no habia más que cinco mil soldados y seis cientos caballos, mandados por Villier de l'Isle Adam, á la sazón gran maestre, que era digno por su prudencia y valor de ocupar este puesto en circunstancia tan peligrosa. Desde que sospechó el destino del armamento formidable de Soliman, despachó correos á todas las potencias cristianas pidiéndolas auxilio contra el enemigo comun. Mas aunque todos los príncipes de Europa reconocieran en aquel tiempo á Rodas por el baluarte de la cristiandad en el Oriente, y al valor de sus caballeros por el antemural más poderoso que se pudiera oponer á los progresos de los ejércitos otomanos. Aunque Adriano, con todo el celo que convenia al jefe y al padre de la Iglesia, exhortara vivamente á las potencias beligerantes, y á reunir sus armas para impedir á los infieles la destruccion de un orden que era la gloria del nombre cristiano, la animosidad de los dos partidos era tan grande é implacable, que sin atender al riesgo á que la Europa iba á exponerse, sin ser movidos por los ruegos del gran maestre y las amonestaciones del papa, dejaron á Soliman continuar, sin incomodarle, sus operaciones contra la isla de Rodas. Despues de prodigios increíbles de valor, de paciencia y de buen gobierno durante seis meses de sitio, despues de haber aguantado muchos asaltos, disputado cada puesto uno despues de otro con obstinacion extraordinaria, el gran maestre se vió obligado por fin á ceder al número; obtuvo del sultan, que admiró y respetó su bizzarria, una capitulacion honrosa, y entregó la ciudad, que no era ya más que un monton de ruinas, des-





provista de toda especie de recursos. Carlos y Francisco, avergonzados de haber causado tan gran pérdida á la cristiandad por las guerras de su ambicion, se esforzaban á vituperarse uno á otro; pero la Europa, más justa, les hizo dividir á ambos el vituperio. El emperador, en

forma de reparacion, donó á los caballeros de San Juan la pequeña isla de Malta, en donde han fijado desde entonces su residencia, y en donde, con ménos poder y esplendor conservan todavía su antiguo valor y ódio implacable contra los infieles.

... de las cosas que se hicieron en esta guerra civil de Castilla, y de las disposiciones que se tomaron para castigar á los rebeldes. ... de las cosas que se hicieron en esta guerra civil de Castilla, y de las disposiciones que se tomaron para castigar á los rebeldes. ... de las cosas que se hicieron en esta guerra civil de Castilla, y de las disposiciones que se tomaron para castigar á los rebeldes.

... de las cosas que se hicieron en esta guerra civil de Castilla, y de las disposiciones que se tomaron para castigar á los rebeldes. ... de las cosas que se hicieron en esta guerra civil de Castilla, y de las disposiciones que se tomaron para castigar á los rebeldes. ... de las cosas que se hicieron en esta guerra civil de Castilla, y de las disposiciones que se tomaron para castigar á los rebeldes.

CAPÍTULO VIII.

Guerra civil de Castilla.—Disposiciones para castigar á los rebeldes.—Miras y pretens'ones de los Comunes de Castilla.—La liga destituye á Adriano.—Los regentes y la nobleza toman las armas.—Padila es ajusticiado.—Su viuda defiende á Toledo.—Sublevaciones de Mellorca.—Liga contra el rey de Francia.—Fin de la campaña.—Disposiciones de Clemente VII contra Lutero.

Carlos, despues de haber tenido la satisfaccion de ver principiar las hostilidades entre Francia é Inglaterra, se despidió de Enrique y aportó á España el 17 de Junio. El buen orden y la fuerza pública se restablecian en este reino despues de los desastres de una guerra civil que lo habia asolado en ausencia del emperador.

He diferido hasta aquí la narracion y progresos de esta guerra, porque tenia poco enlace con los otros acontecimientos que sucedian en Europa.

No bien supo el pueblo que las córtes congregadas en Galicia habian concedido al emperador un donativo, sin haber alcanzado satisfaccion á ninguno de sus agravios, cuando la indignacion fué general. Los vecinos de Toledo, que se consideraban como los custodios de los fueros de los concejos de Castilla en virtud de los particulares privilegios que gozaban, viendo que no se habia tenido ningun miramiento á las representaciones de sus diputados contra esta concesion, opuesta á sus leyes constitucionales, se sublevaron y armaron, y apoderándose de las puertas de la ciudad, que estaba fortificada, atacaron al castillo con tal vigor, que su gobernador se vió obligado á rendirlo. Envalentonados por este triunfo, des-

pojaron de toda autoridad á los que sospecharon adictos á la córte; crearon una forma de gobierno popular, compuesto de diputados de cada parroquia de la ciudad, y levantaron tropas para defenderse. El principal caudillo del pueblo en esta sedicion era D. Juan de Padilla, hijo primogénito del comendador de Castilla, caballero jóven que unia á un alma arrogante y á un valor invencible todas las prendas y ambicion que pueden en tiempos de revueltas y de guerras civiles ensalzar á un hombre á un grado eminente de poderío y autoridad.

El resentimiento de los habitantes de Segovia tuvo consecuencias todavía más funestas. Tordesillas, uno de sus representantes en las últimas córtes, habia votado por la concesion del donativo; y como era hombre petulante y altanero, se atrevió á su regreso á congregar á sus conciudadanos en la iglesia catedral para darles cuenta de su conducta, segun estilo. Mas el populacho, indignado por su insolencia en atreverse á justificar una accion que miraban como inexcusable, forzó las puertas de la iglesia con la mayor furia, y asiendo al desgraciado Tordesillas, lo arrastró por las calles, cargándole de insultos y de maldiciones hácia la plaza en que se ajusticiaba á los reos. En vano el dean y canónigos salieron en